

man por su union. Este movimiento imperceptible, pero real y comun á todos los seres materiales, altera á cada momento sus calidades, y los transforma en otros seres, que no tienen con los primitivos mas que una conformidad aparente. Vos no sois hoy lo que erais ayer; mañana no sereis lo que sois hoy; y así nos sucede lo que á la nave de Teseo, que la conservamos todavía; pero todas sus partes se han renovado muchas veces.

Pues ahora, ¿qué noción cierta y permanente puede resultar de esta movilidad de todas las cosas; de esta corriente impetuosa, de este flujo y reflujó de las partes fugitivas de los seres? ¿Qué instante fijareis para medir una magnitud que creciese y menguase sin cesar? Nuestros conocimientos, variables como su objeto, nada tendrian de fijo y de constante; y así no habria para nosotros ni virtud, ni sabiduria, si la misma naturaleza no nos descubria por sí misma los fundamentos de la ciencia y de la virtud.

Ella es la que, privándonos de la facultad de representarnos todos los individuos, y permitiéndonos ordenarlos en ciertas clases, nos eleva á la contemplacion de las ideas primitivas de las cosas. Los objetos sensibles están á la verdad sujetos á mudanzas; pero la idea general del hombre, la del arbol, la de los géneros y especies, no experimentan ninguna. Estas ideas son

pues inmutables; y lejos de mirarlas como simples abstracciones del entendimiento, se han de considerar como seres reales, como las verdaderas esencias de las cosas. Así es que el arbol y el cubo que teneis delante de los ojos, no son sino copia é imagen del cubo y del arbol, que desde toda la eternidad existen en el mundo inteligible, en esta mansion pura y brillante, donde residen esencialmente la justicia, la belleza, la virtud, del mismo modo que los ejemplares de todas las sustancias y de todas las formas.

¿Pero qué influencia pueden tener en el universo las ideas y las relaciones de los números? La inteligencia que penetra las partes de la materia, segun Pitágoras, obra sin interrupcion; ordenando y modelando estas partes, ya de un modo, ya de otro; presidiendo á la renovacion sucesiva y rápida de las generaciones; destruyendo los individuos; conservando las especies; pero obligada siempre, segun unos, á ajustar sus operaciones profundas á las proporciones eternas de los números; y segun otros, á consultar las ideas eternas de las cosas; que son para ella lo que un modelo es para un artista. A su ejemplo debe el sabio tener fija la vista sobre uno de estos dos principios, ya sea para establecer en su alma la armonía que admira en el universo; ya para copiar en sí mismo las virtudes que ha contemplado en la esencia divina.

Reuniendo algunos pasages esparcidos en las obras que teneis delante, he procurado exponeros los sistemas particulares de algunos pitagóricos. Pero la doctrina de los números es tan oscura, tan profunda, y tan atractiva para los entendimientos ociosos, que ha hecho nacer un monton de opiniones.

Unos han distinguido los números de las ideas y de las especies; otros los han confundido con las especies, porque en efecto contienen una cierta cantidad de individuos. Se ha dicho que los números existen separados de los cuerpos, y se ha dicho que existen en ellos mismos. Unas veces parece que el número designa elemento de la extension, y que es la sustancia, ó el principio y el último término de los cuerpos, como los puntos lo son de las lineas, de las superficies y de todas las magnitudes; otras no expresa mas que la forma de los elementos primitivos. Así el elemento terrestre tiene la forma de un cuadrado; el fuego, el aire y el agua tienen la de diversas especies de triángulos; y estas diversas configuraciones bastan para explicar los efectos de la naturaleza. En una palabra, este término misterioso no suele ser mas que un signo arbitrario para expresar, ya sea la naturaleza y la esencia de los primeros elementos, ya sus formas, ya sus proporciones, ya en fin las ideas ó los ejemplares eternos de todas las cosas.

Es de notar que Pitágoras no decia que todo habia sido hecho por virtud de los números, sino segun las proporciones de los números. Si, á despecho de esta declaracion formal, algunos de sus discípulos, dando á los números una existencia real y una virtud secreta, los han mirado como principios constitutivos del universo, han cuidado tan poco de declarar é ilustrar su sistema, que es preciso abandonarlos á su impenetrable profundidad.

La oscuridad é inconsecuencias que halla un lector, al recorrer estos escritos, provienen 1º de las tinieblas que cubrirán siempre las cuestiones que tratan; 2º de la diversidad de acepciones que se dan á las palabras *ser*, *principio*, *causa*, *elemento*, *sustancia*, y á todas las que componen el lenguaje filosófico; 3º de los colores con que los primeros intérpretes de la naturaleza vistieron sus dogmas; pues como escribian en verso, hablaban mas á la imaginacion que á la razon; 4º de la diversidad de métodos introducidos en ciertas escuelas. Muchos discípulos de Pitágoras, buscando los principios de los seres, fijaron su atención sobre la naturaleza de nuestras ideas, y pasaron, casi sin conocerlo, del mundo sensible al mundo intelectual. Entonces se prefirió el estudio naciente de la metafísica al de la física. Como todavía no se habia formado el cuerpo de leyes de esta dialéctica

severa, que reprime los extravíos del espíritu, substituyó imperiosamente la razón su testimonio al de los sentidos. La naturaleza, que siempre tira á singularizar, no ofrece en todo mas que multitud y mudanzas: la razón, que siempre quiere generalizar, no ve en todo mas que unidad é inmovilidad; y tomando el vuelo y entusiasmo de la imaginación, se elevó de abstracción en abstracción, hasta llegar á una altura de teoría, en que apenas puede mantenerse el espíritu mas atento.

En la escuela de Elea fué donde principalmente empleó todos sus recursos el arte ó la licencia del raciocinio. Allí se establecieron dos órdenes de ideas; uno, cuyo objeto eran los cuerpos y sus calidades sensibles; otro, que no considera mas que el ser en sí mismo, y sin relación á la existencia. De aquí nacieron dos métodos; el primero fundado, segun se pretende, en el testimonio de la razón y de la verdad; el segundo en el de los sentidos y en la opinión. Uno y otro siguieron el mismo rumbo poco mas ó menos. Antes los filósofos que se habian servido de la autoridad de los sentidos, habian creído conocer, que para producir un efecto, empleaba la naturaleza dos principios contrarios, como la tierra y el fuego, etc.; del mismo modo los filósofos que solamente consultaron á la razón, se ocuparon en sus meditaciones del ser y del no-

ser, de lo finito é infinito, del uno y del muchos, del número par y del número impar, etc.

Aun quedaba una dificultad inmensa, cual es la de aplicar estas abstracciones, y combinar la metafísica con la física. Pero si han intentado hacer esta conciliación, lo han ejecutado con tan poca claridad, que por lo ordinario se ignora si hablan como físicos ó como metafísicos. Vereis á Parménides, unas veces suponer que no hay en la naturaleza ni producción, ni destrucción; otras pretender que la tierra y el fuego son los principios de toda generación. Vereis otros que no admiten ninguna especie de concordia entre los sentidos y la razón; y atentos únicamente á la luz interior, no miran los objetos exteriores mas que como apariencias falaces, y manantiales inagotables de prestigios y de errores. Nada existe, exclamaba uno de ellos; si existiese alguna cosa, no se la podría conocer; si se la pudiera conocer, no se podría hacer sensible. Otro, intimamente persuadido de que no se debía ni negar, ni afirmar cosa alguna, desconfiaba de sus palabras, y solamente se explicaba por señas.

Debo daros un ejemplo del modo de discurrir de estos filósofos, y le tomaré de Xenófanes, cabeza de la escuela de Elea.

Nada se hace de nada. De este principio adoptado por todos sus discípulos, se sigue que lo

que existe debe ser eterno: lo que es eterno, es infinito, pues no tiene ni principio ni fin: lo que es infinito, es único, porque si no lo fuera, sería muchos: el uno serviría de límite al otro, y no sería infinito: lo que es único, es siempre semejante á sí mismo. Claro es que un ser único, eterno, y siempre semejante, debe ser inmovil, pues ni puede introducirse en el vacío, que es nada, ni en el lleno ocupado por él mismo: debe ser inmutable; porque si experimentase la menor mudanza, sucedería en él alguna cosa que no había antes, y entonces se destruiría este principio fundamental, de que nada se hace de nada.

En este ente infinito, que lo comprende todo, y cuya idea es inseparable de la inteligencia y de la eternidad, no hay pues ni mezcla de partes, ni diversidad de formas, ni generaciones, ni destrucciones. Mas ¿cómo conciliar esta inmovilidad con las revoluciones sucesivas que vemos en la naturaleza? A esto respondía Xenófanes, que no son mas que una ilusión: el universo no nos ofrece mas que una escena movil: la escena existe; pero la movilidad es obra de nuestros sentidos. No; decia Zenon, el movimiento es imposible. Lo decia, y lo probaba hasta el punto de dejar atónitos á sus contrarios, sin tener qué responderle.

¡O hijo mio, qué luz tan extraña han traído á

la tierra esos hombres célebres, que pretenden haber dominado á la naturaleza! ¡Y cuán afrentoso sería el estudio de la filosofía, si despues de haber comenzado por la duda, debiera acabar en semejantes paradojas! Hagamos mas justicia á los que las han dicho. La mayor parte de ellos amaron la verdad; creyeron descubrirla por la via de las nociones abstractas, y se extraviaron fiándose de una razon, cuyos límites no conocian. Cuando, despues de haber agotado los errores, estuvieron mas ilustrados, se entregaron con el mismo ardor á las mismas discusiones, porque las creyeron propias para fijar el entendimiento, y dar mas exactitud á las ideas. Por último, no se debe disimular que muchos de estos filósofos, poco dignos de un nombre tan respetable, entraron en la lid solo para hacer alarde de sus fuerzas, y señalarse con triunfos tan vergonzosos para el vencedor, como para el vencido. Como la razon, ó mas bien el arte de racionar, ha tenido su infancia, del mismo modo que las demas artes, las definiciones poco exactas, y el abuso frecuente de las palabras, daban armas, siempre nuevas, á estos atletas diestros ó vigorosos. Casi hemos alcanzado el tiempo en que, para probar que estas palabras *uno* y *muchos* pueden señalar el mismo objeto, os hubieran dicho que solo erais uno en calidad de hombre; pero que erais dos en calidad de

hombre y de músico. Estas puerilidades absurdas no merecen en el día mas que el desprecio, y se dejan únicamente á los sofistas.

Me falta hablaros de un sistema tan notable por su singularidad, como por la reputacion de sus autores.

El vulgo no ve al rededor del globo que habita, mas que una bóveda luminosa por el día, y sembrada de estrellas por la noche: allí están los límites de su universo; pero el de algunos filósofos no los tiene, y se ha extendido, casi en nuestros días, hasta el punto de espantar la imaginacion.

Primero supusieron que la luna estaba habitada; despues que los astros eran otros tantos mundos; y últimamente, que el número de estos mundos era infinito, pues que ninguno de ellos podia servir de término y limite de los otros. Despues de esto, ¿qué carrera tan prodigiosa se ha ofrecido repentinamente al espíritu humano! Emplead hasta la misma eternidad en recorrerla; tomad las alas de la aurora; volad al planeta Saturno, á los cielos que están mas allá de este planeta, y hallareis continuamente nuevas esferas, nuevos globos, otros mundos que se amontonan unos sobre otros: hallareis por todas partes el infinito, en la materia, en el espacio, en el movimiento, en el número de los mundos y de los astros que le adornan; y despues de

millones de años apenas conoceréis algunos puntos del vasto imperio de la naturaleza. ¡Oh, y cuanto la ha engrandecido á nuestros ojos esta teoría! Y si es verdad que nuestra alma se extiende con nuestras ideas, y en cierto modo se asemeja á los objetos de que se penetra, ¿cuánto debe engreirse el hombre por haber penetrado estos arcanos incomprensibles.

¡Engreirnos! exclamé yo sorprendido: ¿y de qué, respetable Calias? Mi mente queda agobiada al aspecto de esta grandeza ilimitada, ante la cual desaparecen todas las demas. Vos, yo, todos los hombres, no son ya á mis ojos mas que insectos sumergidos en un oceano inmenso, donde los reyes y los conquistadores no se distinguen, sino porque agitan algo mas que los otros las partículas de agua que los rodean. Al oír estas palabras, me miró Calias; y despues de estar suspenso un momento, me apretó la mano, y me dijo: hijo mio, un insecto que divisa lo infinito, participa de la grandeza que os espanta. Despues continuó de esta manera:

Entre los artifices que han pasado su vida en componer y descomponer mundos, Leucipo y Demócrito desecharon los números, las ideas, las proporciones armónicas, y todos los demas andamios que habia levantado la metafisica hasta entonces; y no admitieron, á ejemplo de algunos filósofos, mas que el vacío y los átomos

por principio de todas las cosas; pero despojaron á estos átomos de las calidades que se les habian atribuido, sin dejarles mas que la figura y el movimiento. Oid á Leucipo y á Demócrito.

El universo es infinito; está poblado de una infinidad de mundos y de torbellinos que nacen, perecen, y se reproducen sin interrupcion. Pero ninguna inteligencia suprema preside á estas grandes revoluciones: todo se hace en la naturaleza por leyes mecánicas y sencillas. ¿Queréis saber cómo puede formarse uno de estos mundos? Concedid una infinidad de átomos eternos, indivisibles, inalterables, de todas figuras y tamaños, arrastrados en un vacío inmenso por un movimiento ciego y rápido. Después de multiplicados y violentos choques, los mas toscos son arrojados y comprimidos en un punto del espacio, que viene á ser el centro del torbellino: los mas sutiles se escapan por todos lados, y se lanzan á diversas distancias. En el discurso de los tiempos, los primeros forman la tierra y el agua; los segundos el aire y el fuego. Este último elemento, compuesto de glóbulos activos y ligeros, se extiende al rededor de la tierra como un cerco luminoso: el aire agitado por este flujo perpetuo de corpúsculos, que se levantan de las regiones inferiores, se vuelve una corriente impetuosa, y esta corriente arrastra los astros que se formaron sucesivamente en su seno.

Todo, tanto en la fisica como en la moral, todo puede explicarse por este mecanismo, sin la intervencion de una causa inteligente. De la union de los átomos se forma la sustancia de los cuerpos: de su figura y colocacion resultan el frio, el calor, los colores, y todas las variedades de la naturaleza: su movimiento es el que continuamente produce, altera y destruye los seres; y como este movimiento es necesario, le hemos dado el nombre de destino y hado. Nuestras sensaciones, nuestras ideas, son producidas por imágenes ligeras, que salen de los objetos, y vienen á dar en nuestros órganos. Nuestra alma se acaba con el cuerpo, porque del mismo modo que el fuego no es mas que un compuesto de glóbulos sutiles, cuyos lazos rompe la muerte, y pues que nada hay de real en la naturaleza sino los átomos y el vacío, es preciso llegar á confesar, por una serie de consecuencias, que los vicios no se diferencian de las virtudes, mas que por la opinion.

¡O hijo mio! postraos ante la divinidad: lamentaos en su presencia de los extravíos del espíritu humano, y prometedle ser á lo menos tan virtuoso como la mayor parte de esos filósofos, cuyos principios tiraban á destruir la virtud; porque las ideas que sus autores tenian sobre la moral, no deben estudiarse ni en los escritos ignorados de la muchedumbre, ni en los siste-

mas producidos por el calor de la imaginacion , por la inquietud del espíritu, ó por el deseo de fama; sino en sus costumbres mismas, y en aquellas obras suyas, en que sin mas interes que el de la verdad, sin mas fin que el de la pública utilidad, tributan á las costumbres y á la virtud el homenaje que han logrado en todos los tiempos, y entre todos los pueblos.



CAPITULO XXXI.

CONTINUACION DE LA BIBLIOTECA. ASTRONOMIA Y GEOGRAFIA.

Calias se fué luego que hubo acabado su discurso; y volviéndose á mí Euclides, me dijo: hace mucho tiempo que he mandado buscar en Sicilia la obra de Petron de Himera, quien no solamente admitia la pluralidad de los mundos, sino que se atrevia á señalar su número. ¿Sabéis cuántos contaba? Ciento ochenta y tres. Siguiendo á los Egipcios, comparaba el universo á un triángulo; ponía sesenta mundos en cada lado, y los tres restantes en los tres ángulos. Sujetos